



Un espacio vital para la educación

Por INE LAGOS

Introducción

En la actualidad crece la convicción de que la educación, más que una relación con el otro entendida en términos de imposición y sumisión, es la acogida de la persona en su valor y originalidad propios y la práctica de la hospitalidad para con ella. Vista desde esta perspectiva, la educación constituye un acontecimiento ético. El acontecimiento propiamente dicho es el encuentro entre el educador y el educando.

Ahora bien, ¿en qué consiste educar? Podemos decir que *educar es servir desinteresadamente a la vida ajena* (Cfr.: Strada 2007: 21). Lo fundamental es la vida. La vida, ante todo, del educando, que está llamada a desarrollarse, desplegarse; pero también la vida del educador, porque quien educa, está dando su propia vida y, de esta manera, alimenta la del educando.¹

El desarrollo de la vida del educando requiere de un ámbito que le sea favorable. Por lo tanto, quiero proponer, siguiendo al cordobés Ángel Strada, cuatro puntos o pilares sobre los cuales puede apoyarse la educación, a saber: la pedagogía de ideales; la pedagogía de las vinculaciones; la pedagogía de la confianza y del respeto; y la pedagogía del movimiento. Con estos cuatro pilares podemos formar un espacio protegido en el cual pueda comunicarse la vida y, de esta manera, pueda darse la educación. Estas propuestas exceden el ámbito estrictamente académico. Más bien se inspiran en el ámbito familiar, el cual constituye el espacio educativo por excelencia.

Antes de entrar en nuestro tema, conviene hacer hincapié en que el factor clave de la educación es el educador, cuya presencia y cuya acción deben contagiar la vida que brota de él mismo (Strada 2007: 54). Educa con su vida, más que con ideas; educa con sus actos, más

¹ Cfr.: “Una vida sólo se enciende con otra vida” (Strada 2007: 22).
Cfr.: “Y el amor responde al amor” (Clément [1972] 2002: 27)



que con sus palabras (Cfr.: Strada 2013:55).² Finalmente, el educador debe recorrer primero su propio camino de desarrollo personal, para poder guiar a sus educandos.

La pedagogía del ideal

En primer lugar, entonces, tenemos la pedagogía del ideal. Con el término 'ideal' no estamos hablando de un molde prefabricado, como un conjunto de pautas al cual el educando deba adaptarse, en el cual deba ser insertado, si es necesario, a presión. Semejante proyecto produciría hombres uniformes, todos iguales, en definitiva, hombres masa.

La llamada pedagogía del ideal, en cambio, se sustenta en la convicción de que cada persona es única y original. Pero, al mismo tiempo, el ser humano no nace completo, sino más bien, como un *proyecto* que ha de desplegarse y perfeccionarse en el tiempo (Cfr.: Savater [1997] 2002: 22; Strada 2013: 84). Por supuesto, tal desarrollo está sujeto a la libertad.

La pedagogía del ideal, entonces, consiste en la búsqueda y la paulatina realización de una meta personal, única y original a la cual se orientan todas las aspiraciones: el ideal es la mejor versión de una persona. Es fundamental tener en cuenta que el ideal no se inventa, se descubre. Y se lo reconoce, porque toda el alma, vibra con él. Pensar en él, realizarlo, incluso escuchar música que de alguna manera se relacione con el contenido ideal, todo esto mueve interiormente a la persona y produce sensación de expansión.

Por su parte, Mandrioni (1970: 74ss) destaca que para descubrir el ideal es necesario cultivar la atención. Y ella requiere silencio. Silencio de la boca, pero sobre todo, del corazón, porque sólo haciendo silencio podemos escuchar la voz del ideal que es también nuestra voz interior.³

² La psicología tiene bien claro que los niños aprenden por repetición. Por ejemplo, padre que le diga a sus hijos que no pronuncien malas palabras, pero que al mismo tiempo las utilice, verá que sus hijos se valen de dicho vocabulario.

³ No hace falta demostrar que en nuestra sociedad hay mucho ruido. Basta mencionar las redes sociales, la omnipresente publicidad y el ritmo de vida acelerado que, entre otros factores, nos hacen sumamente difícil estar en silencio, como diría Pascal (2001: nro. 136), en nuestra propia habitación.



El tiempo no me permite desarrollar este tema, pero es importante tener presente que la búsqueda y la lucha por alcanzar el propio ideal, la ‘mejor versión de uno mismo’, tiene importantes consecuencias a nivel social. Porque el mejor servicio que podemos brindar a la sociedad, es justamente, ser nuestra mejor versión.

Finalmente, conviene tener presente que la pedagogía del ideal no elimina las reglas, las normas y las leyes, pero las trasciende (cfr.: Kentenich ([2010] 2012; Strada 2007: 31). Al mismo tiempo, hacer hincapié en el ideal, más que en las reglas, ayuda a motivar a la persona a la cual sus propias energías la empujan hacia la realización del ideal, yendo más allá del mero cumplimiento, aspirando siempre a dar un paso más. En este sentido, Strada (2007: 31) aclara que pedagogía del ideal es sinónimo de pedagogía de la magnanimidad.

La pedagogía de las vinculaciones

En segundo lugar tenemos la pedagogía de las vinculaciones. La importancia de este pilar radica en que las relaciones con las personas, la naturaleza y las cosas son el medio más rico de desarrollo. Diversas corrientes filosóficas señalan que el hombre es un ser relacional, dialógico, y que encuentra su realización vinculándose (Buber [1942] 1967; Mosto 2009). En este contexto, el hombre es un centro abierto hacia todas las direcciones a través de los vínculos. Strada (2007: 37) lo resume de la siguiente manera:

El ser humano está constituido por un centro independiente y libre, por su yo. Pero ese centro es esencialmente relación, comunión y diálogo. El yo se plenifica por la apertura al tú. Recibir amor de personas concretas y dar amor a personas concretas es el medio privilegiado para el desarrollo del hombre.

Sin embargo, hemos mencionado otros tipos de vinculación. Resulta sumamente importante la vinculación a un determinado lugar. No definimos el lugar ‘cartesianamente’, según coordenadas. Un lugar, más bien, es un centro de evocación y de acumulación de vivencias (King 1976: 41ss; Strada 2007: 39). El hombre habita un espacio concreto y con sus vivencias, lo va dotando de rasgos originales. Una persona puede, en efecto, visitar muchas casas, pero una sola es su hogar, porque sólo su hogar está cargado con las vivencias propias del hogar. Habitar un espacio pleno de vivencias supone un requisito fundamental



para el desarrollo de la persona, porque allí encuentra cobijamiento y seguridad. En el hogar especialmente es donde podemos dejar caer las máscaras, ser nosotros mismos y descansar.

La pedagogía de la confianza y del respeto

La pedagogía de la confianza y del respeto, en tercer lugar, constituye la base para cualquier relación educativa.

Primero, el educador ha de confiar en el educando y despertar su confianza. En los cumpleaños muchas veces pinchamos una piñata, porque sabemos que adentro hay regalos. Análogamente, el educador exige al educando, no para molestarlo, sino porque confía, incluso antes que éste en los talentos que hay en su interior. Muchas veces vemos personas dedicadas a la educación que no exigen el más mínimo esfuerzo por parte de sus alumnos. A la larga, yo diría que les están haciendo mucho daño.

El educador, además, no confía en el educando por lo que ha hecho, sino por lo que puede llegar a ser y hacer: esta no es una diferencia menor. Si mira siempre lo que el educando ha hecho o ha dejado de hacer, tenderá a provocar una parálisis, porque juzgará por demás y, porque, al mirar siempre para atrás, perderá de vista que el fin está adelante, en el futuro donde espera ver realizadas las capacidades que todavía duermen.

Pero dijimos que el educando también ha de confiar en el educador. Si no lo hace, se cierra e imposibilita la acción educadora.

Por su parte, el respeto es fundamental en un vínculo. Respetar es mirar y admirar a quien se tiene delante. Implica una sincera valoración de la persona, más allá de su condición concreta, su historia, sus errores. Supone también el interés por promover sus rasgos positivos y defender su dignidad (cfr.: Fromm 1972: 41). Por eso, aunque se ha insistido en que los menores deben respeto hacia los mayores, también es importante que éstos respeten a aquellos. No es, a fin de cuentas, una cuestión de edad, sino un reconocimiento del valor de la persona.

La pedagogía de la confianza y del respeto produce efectos muy positivos en los educandos (Strada 2007: 78): favorece una sana conciencia de valoración; fomenta la



estabilidad emocional y la confianza en sí mismo; y gesta un ambiente de diálogo y de intercambio.

La pedagogía del movimiento

En cuarto lugar tenemos la pedagogía del movimiento. Si bien la meta es clara –el desarrollo del educando según su ideal– el camino debe adaptarse al momento presente y a las diferentes etapas y ritmos de crecimiento de las personas y las comunidades (Strada 2007: 79). Se requiere una gran flexibilidad por parte del educador, quien ha de tener en cuenta que el crecimiento espiritual es siempre lento y exige paciencia.

Además de paciencia y flexibilidad, el educador necesita desarrollar su capacidad de adaptación. Porque es él quien ha de adaptarse al educando y no a la inversa. En efecto, los escolásticos decían: “Todo lo que se recibe, se recibe al modo del recipiente”. Para poder adaptarse, el educador debe desarrollar dos artes no frecuentes en la actualidad: el arte de la escucha y el arte de ayudar a abrir el corazón.

El arte de la escucha sólo es posible en la medida en que, además de practicar la paciencia, esté dispuesto a regalar algo preciado: el tiempo. Regalar tiempo es una gran manera de amar. Supone regalar algo que no se recupera y, como la existencia humana se desarrolla en el tiempo, regalar tiempo es sinónimo de regalar la propia existencia, la propia persona. Con ella se regala la propia vida que es, y volvemos al principio, educar.

El arte de ayudar a abrir su corazón, le permite al educando elaborar y expresar sus vivencias. Pero hay varios peligros contra los que conviene estar prevenido: pretender saber todo del educando; padecer celos por no ser el único confidente; o querer analizar todo cuanto el educando diga, aun cuando los conocimientos que el educador posea sobre psicología sean insuficientes. De más está decir que la apertura que genere el educador en el educando es directamente proporcional al grado de confianza que suscita.

Pero, concretamente, ¿qué es lo que abre el corazón de una persona? Es el amor. “El amor es el punto de contacto, tiene que estar en el comienzo, en el medio y en el final. Es y sigue siendo la llave mágica que abre el corazón del hombre (...)” (Strada 2007: 73).





Conclusión

En resumen, sugerimos que la educación es ante todo un servicio desinteresado a la vida ajena y que esa vida necesita un ámbito en el cual pueda comunicarse. Este espacio vital puede ser protegido y fortalecido mediante la puesta en práctica de los cuatro puntos mencionados.

Queda pendiente una última aclaración: un educando aprende ante todo por imitación. Los hechos educan más que las palabras. Nuestras acciones cotidianas pueden estar siendo observadas por un niño o un joven. Si es así, lo estamos educando. A fin de cuentas, todos estamos llamados a educar y a dejarnos educar en todo momento.

Referencias

- Bolzán, J. (1974) *Qué es la educación*, Buenos Aires: Guadalupe.
- Buber, M. ([1942] 1967) *¿Qué es el hombre?*, México: FCE.
- Carmona, G. (2004) *Mi proyecto de vida*, Córdoba: Patris Argentina.
- Clément, O. ([1972] 2002) *Sobre el hombre*, Madrid: Encuentro.
- Cosp, A. (1999) *Firmeza y ternura*, Córdoba: Patris.
- Kentenich, J. ([2010] 2012) *El pensamiento social del P. José Kentenich*, Santiago de Chile: Nueva Patris.
- Mosto, M. (2009) *El mal y la libertad. Ensayos*, Buenos Aires: Sabiduría Cristiana.
- Mosto, M. (2012) *Las desmesuras del amor. Ensayos sobre el poder de la vida personal*, Buenos Aires: Sabiduría Cristiana.
- González Álvarez, A. (1949) *La esencia de la educación. Actas del Primer Congreso Internacional de Filosofía, Tomo III*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- Fromm, E. (1972) *El arte de amar*, Buenos Aires: Paidós.
- King, H. (1976) *Importancia perenne del pensar mítico* (tesis doctoral), Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.
- Mandrioni, H. (1970) *La vocación del hombre*, Buenos Aires: Guadalupe.





- Mantovani, J. (1954) *Educación y vida*, Buenos Aires: Losada
- Massug, V. (1983) *El llamado a la patria grande*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Oppenheimer, A. (2010) *¡Basta de historias! La obsesión latinoamericana con el pasado y las 12 claves del futuro*, Montevideo: Sudamericana Uruguaya.
- Ortega y Gasset, J. (1975) *Historia como sistema*, Madrid: Revista de Occidente.
- Pascal, B. (2001) *Pensamientos*, Madrid: Valdemar.
- Sanguinett, H. (2006) *La educación argentina en un laberinto*, Buenos Aires: FCE.
- Savater, F. ([1997] 2002) *El valor de educar*, Barcelona: Ariel.
- Strada, A. (2007) *Propuesta pedagógica*, Córdoba: Patris Argentina.
- Strada, A. (2013) *La imagen del hombre según José Kentenich*, Córdoba: Patris Argentina.